ANTONIO LOPEZ MONIS y JOSÉ SANCHEZ GERONA

La bella Colombina

JUGUETE CÓMICO

en dos actos y en prosa



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1906

Al Sr. D. Emilio Armengod
sus affmos
Los autores.

LA BELLA COLOMBINA

LA BELLA COLOMBINA

JUGUETE CÓMICO

en dos actos y en prosa

escrito sobre el pensamiento de una obra extranjera

POR

ANTONIO LÓPEZ MONÍS y JOSÉ SÁNCHEZ GERONA

Estrenado en el TEATRO LARA el día 2 de Abril de 1906



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1906

Al notable y aplaudido primer actor

Francisco Palanca

sus agradecidos amigos

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
CATALINA........................	SRA.	VALVERDE.
COLOMBINA......................		RUIZ.
LUCÍA............................	SRTA.	TOSCANO.
LA SEÑORA DE PÉREZ...........		MARTÍ.
LA SEÑORA DE GÓMEZ..........		ROCH.
LA SEÑORA DE FERNÁNDEZ.....		LA TORRE.
LA SEÑORA DE MARTÍNEZ......		MARTÍNEZ.
UBALDO GODÍNEZ...............	SR.	PALANCA.
ROBERTO ALMANZOR............		CALLE.
PIPORROTEA.....................		SIMÓ-RASO.
SABINO..........................		BARRAYCOA.
EL GOBERNADOR................		ZORRILLA.
EL SECRETARIO PARTICULAR...		ROMEA.
FRANCISCO......................		DE DIEGO.

La acción en Guadalajara.—Época actual.—Es verano

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

Salón bajo en casa de don Ubaldo. Por la ventana del foro derecha y la puerta del foro izquierda, se ve el jardín. En primer término derecha, puerta que se supone da á la biblioteca y otra en segundo término, que figura secreta y que da á un callejón. En primer término izquierda, otra puerta que da al interior de la casa. Muebles, sofá y sillas de mimbre. En segundo término izquierda mesita con escribanía, libros, carpeta con papel y sobres para cartas. En el foro centro otra mesita con bandeja y servicio completo para té y su azucarero con azúcar de pilón y tenacillas. Encima de esta mesa y á una altura conveniente un cuadro con marco dorado y en el centro un cuchillo de los de mesa del tamaño mayor. Cuadros, cortinas. Otra mesita á la izquierda y encima un bastidor de bordar con una labor de encaje empezada. Es de día. Al levantarse el telón está Francisco arreglando los libros que hay sobre la mesa, mientras canturrea y suenan las tres en un reloj de torre.

ESCENA PRIMERA

FRANCISCO. Después PIPORROTEA

PIP. (Asomándose por la ventana.) ¿El señor de Godínez?

FRAN. Aquí es, sí señor; pero no está en casa.

PIP. ¿Sabe usted cuándo volverá?

FRAN. No sé... Si me dice usted su gracia...

PIP. No, no; quiero sorprenderle. Volveré. Hasta luego. (Vase)

ESCENA II

FRANCISCO. Después LUCÍA

FRAN. (Desde la ventana.) ¡Vaya usted con Dios! ¿Quién será?... Y el caso es que el señor está. Pero, no, no. Podría enterarse doña Catalina, y para qué queríamos más el señor y yo.

LUCÍA (Saliendo por la izquierda.) ¡Francisco!

FRAN. Señorita...

LUCÍA ¿Dónde está mi tío?

FRAN. (Después de un momento de duda.) Ha salido. ¿Quería usted hablarle?

LUCÍA Sí; esperaré aquí.

FRAN. (Aparte.) ¿Le digo dónde está? No; mejor es callarse. (Mutis por el foro.)

ESCENA III

LUCÍA. Luego ROBERTO

LUCÍA Sí, tengo que hablarle muy seriamente. (Mirando hacia la ventana.) ¡Ah! Roberto.

ROB. (Desde la ventana.) ¡Lucía! ¿Puedo entrar?

LUCÍA Como poder...

ROB. Pero ¿no está tu tía?

LUCÍA Está en la parroquia haciendo los preparativos para la función de esta noche.

ROB. ¿Y tu tío?

LUCÍA También ha salido.

ROB. Entonces no hay miedo, (Va á entrar por la ventana.)

LUCÍA No; pero mejor será que no entres. ¡Mira que tener que hablarnos siempre á hurtadillas!

ROB. ¡Qué le hemos de hacer! Doña Catalina me mira con malos ojos.

LUCÍA Y cuando á mi tía se le atraviesa uno...

ROB. Pero ese aborrecimiento lo compensas tú...

LUCÍA Queriéndote mucho, mucho; lo malo es que nuestro casamiento por ahora.... como mi tía es así...

ROB. Es verdad; pero tu tío no es así.

LUCÍA Es lo mismo; porque no hace más que lo que ella manda.

ROB. ¿Sí?

LUCÍA Es una mujer extraordinaria; todo el mundo la venera en Guadalajara. Ya habrás oído cómo se habla de ella.

ROB. (Con desprecio.) ¡Bah!

LUCÍA Sí, sí; por lo del cuchillo.

ROB. ¿Qué cuchillo?

LUCÍA (Indicándole el que está en la pared del fondo en un marco.) Ese.

ROB. No lo veo desde aquí. (Entra por la ventana.)

LUCÍA ¿Qué haces?

ROB. Si es para verlo.

LUCÍA Pues míralo y márchate en seguida.

ROB. Bueno ¿y qué significa ese cuchillo?

LUCÍA Es... como el cetro de mi tía. Una especie de maza de Fraga que cae de vez en cuando sobre la cabeza de alguno; y con más frecuencia sobre la de mi pobre tío.

ROB. ¿Por qué está ahí?

LUCÍA ¡Ah! Eso sí que lo ignoro. Siempre que han contado esa historia me han mandado salir. Según parece, es una historia que no podemos oir las muchachas.

ROB. Pues hoy vengo yo decidido á hablar seriamente con doña Catalina.

LUCÍA Mal día has elegido; hoy está de peor humor que nunca.

ROB. ¿Por qué?

LUCÍA Por culpa de esa señora de Madrid que ha venido á instalarse en la quinta de al lado.

ROB. Ya, ya sé; pero ¿qué le importa?

LUCÍA Pero, ¿tú sabes quién es? Pues una cupletista; una mujer de una historia... que tampoco podemos oir las muchachas.

ROB. Bueno, bueno; hablaré á don Ubaldo, le interesaré en nuestro favor, y tal vez entre los tres...

LUCÍA Lo dudo: además, tampoco está en casa; conque márchate.

ROB. Quiá; no me marcho. ¡Francisco!

LUCÍA ¿Qué quieres?

ESCENA IV

DICHOS y FRANCISCO

FRAN. (Saliendo por el foro.) ¿Llama usted?
ROB. ¿No ha vuelto don Ubaldo?
FRAN. No, señor.
LUCÍA (Aparte.) ¿Cómo se atreverá á estar tanto tiempo fuera?
ROB. Perdemos una buena ocasión de hablarle á solas.
FRAN. (Misteriosamente.) Bueno; si me prometen ustedes callarlo les diré que... don Ubaldo está en casa.
ROB. ¿Sí?
FRAN. La señora lo tiene encerrado.
ROB. ¿Eh?
FRAN. Si ustedes me aseguran...
LUCÍA / ROB. } Sí, sí...
FRAN. Yo tengo otra llave del encierro...
ROB. Abrele, ¡pobrecillo!
LUCÍA Abrele, Francisco.
FRAN. Pero, por Dios, que no se entere la señora.
ROB. } No.
LUCÍA } Descuida.
FRAN. Bueno. (Abre la puerta primera derecha y se va por la secreta segundo término derecha.)

ESCENA V

LUCÍA, ROBERTO y UBALDO

UBAL. (Apareciendo asombrado.) ¿Eh? ¿Quién me ha abierto?
LUCÍA Ha sido Francisco. Queríamos hablarte.
UBAL. ¡Desgraciada! ¡Uy, si lo sabe!
LUCÍA No hay miedo; ha salido.
UBAL. ¿Estás segura? Vaya, pues habla deprisa.
LUCÍA No has saludado siquiera à Roberto.
UBAL. ¡Es verdad!... El miedo, digo el... ¿Cómo va,

amigo? ¡Cuánto me alegro de verle! Es decir, no me alegro, porque si mi mujer le coge á usted aquí, con la rabia que le tiene...

ROB. Y ¿por qué es esa rabia?

UBAL. Por de pronto ella odia á todos los artistas y usted es pintor.

ROB. ¡Oh! Un aficionado nada más.

UBAL. Para el caso es lo mismo. Además, ha visto su cuadro de usted *La Caridad*, y como está aquella señora tan... ¡vamos!... tan fresca...,

ROB. Porque lo ha dado todo á los pobres.

UBAL. Esa no es una razón. También mi mujer tiene fama de caritativa, y... Y, sobre todo, el principal defecto que encuentra en usted es el de ser madrileño. Ella cree que los que están acostumbrados á la vida de la corte son los propagadores en provincias de las malas costumbres, y los vehículos que transportan el germen de la inmoralidad.

ROB. ¿Esa frase es de usted?

UBAL. No; es de ella.

LUCÍA Pues no tiene razón.

ROB. Además; yo he decidido no marcharme de tu lado y vivir siempre aquí en Guadalajara.

LUCÍA ¿Oyes, tío?... No se irá nunca de mi lado.

ROB. Hace dos meses por nada hubiera renunciado á ese Madrid de que tanto se abomina; pero ahora que tengo tu cariño...

UBAL. Pues yo no sé qué deciros. Aquí, para entre nosotros, encuentro todo eso muy natural; los dos sois jóvenes, los dos sois ricos, los dos os queréis... Mucha gente se casa con menos motivo; pero el caso es que no depende de mí.

ROB. ¿De modo que usted consiente?

UBAL. No depende de mí.

ROB. Pues usted es el verdadero y único pariente de Lucía.

UBAL. Ni siquiera eso depende de mí. Debía serlo; pero aquí no hay más tío que tu tía: ella es el amo, y el pariente, y el tirano de la casa; y si tu tía no lo dispone... pues no hay tu tía.

ROB. De todo tiene usted la culpa por su falta de carácter.

UBAL. ¡Yo!... Es verdad.

ROB. Porque en su presencia tiembla usted como un azogado.

UBAL. ¡Yo!... Es verdad; pero no es á ella á quien temo, sino al escándalo.

ROB. Si se arrancara usted...

LUCÍA Sí, tío, arráncate.

UBAL. ¡Ah! Si yo quisiera... ¡Bonito genio tengo yo!

LUCÍA Pues nada; en cuanto venga te decides.

ROB. No tiene usted más que...

UBAL. Sé lo que hay que hacer. Veréis.

ROB. (Acercando un sillón.) Ahí está su mujer.

UBAL. (Corriendo espantado) ¿Dónde? ¡Encerradme!

ROB. No, hombre, es una hipótesis. Supongamos que está en ese sillón. Háblele usted.

UBAL. Espere usted que me serene. (Se acerca al sillón con paso enfático, y dice con tono solemne y destemplado.) Señora, ¡basta ya! En esta casa ha muerto el ama, y desde ahora no hay más amo que yo. Roberto ama á mi sobrina, mi sobrina ama á Roberto; y como ella le ama, y él la ama, y yo soy el amo, y ha muerto el ama... pues...

ROB. Se ha hecho usted un lío.

UBAL. La falta de costumbre. Ella al oir esto... (Se sienta en el sillón.) ¡Cómo! ¿Te atreves á insolentarte conmigo? (Poniéndose de pie.) ¡Ya he dicho que ahora no manda nadie más que yo! ¡Y si pronuncias una sola palabra!... (Amenaza con el puño cerrado.)

ROB. Hombre, tanto no.

UBAL. ¡La encierro á usted en la biblioteca para siempre! (Volviéndose á ellos satisfecho.) ¿Qué tal?

ROB. }
LUCÍA } ¡Bravo! ¡Bravo!

UBAL. Bueno, esto es lo que yo debía decirle; pero no lo diré.

ROB. }
LUCÍA } (Desalentados.) ¡Ah!

UBAL. ¡Cualquiera le dice eso á Catalina!

ROB. ¿Por qué?

UBAL. Ella no es como las demás. Es una mujer extraordinaria. Ante una mujer que ha sido protagonista de un episodio como el del cucuchillo, no hay más remedio que bajar la cabeza. Renuncie usted á mi sobrina, amigo mío, renuncie usted.

ROB. ¡Nunca!

LUCÍA ¡Nunca!

ROB. ¡Nosotros seremos más valientes que usted!

LUCÍA Eres demasiado egoísta, y por no arriesgar esa tranquilidad aparente de que disfrutas vas á amargar toda mi existencia. ¡Tú no eres mi tío! (Vase medio llorosa por la primera izquierda. Ubaldo trata de contentarla.)

UBAL. Lucía, Luciíta... (A Roberto.) ¡Pues no dice que disfruto de tranquilidad!

ESCENA VI

ROBERTO y UBALDO

ROB. ¿De modo que definitivamente no podemos contar con usted?

UBAL. Hace veinticinco años, ¿oye usted bien? ¡veinticinco años! que obedezco ciegamente á mi mujer, y no me atrevo á cambiar todas mis costumbres por darle á usted gusto. ¡Y ahora que estoy bajo el peso de su último castigo!

ROB. ¿Qué castigo?

UBAL. Dos días de encierro en la biblioteca.

ROB. ¿Por qué?

UBAL. Pues verá usted: ayer me mandó al almacén de música á comprar los números para el concierto sacro que celebrará esta noche un patronato de señoras que ella preside.

ROB. Sí, ya lo sé.

UBAL. Mientras envolvían los papeles, veo allí un montón de canciones picarescas, tomo una maquinalmente, la pago y me la guardo en el bolsillo.

ROB. ¿Todo maquinalmente?

UBAL. ¡Claro! ¿Y qué dirá usted que era? ¡La canción de la pulga! Llego á casa, y al sacar el pañuelo se me cae la pulga, mi mujer da un salto, coge el insecto, me lo tira á la cara, y ¡el disloque! Si no corro yo mismo á encerrarme en la biblioteca, á estas horas habría dejado de existir.

ROB. La verdad es que la canción...

UBAL. ¡La estampa! La estampa ha tenido la culpa. Mírela usted. (Sacando del bolsillo la canción.)

ROB. Sí; está ligerilla.

UBAL. Como la Caridad de su cuadro.

ROB. (Cantando distraído.)

«Tengo una pulga...»

UBAL. (Cantando.)

«En la camisa...»

ROB. ¡Cómo! ¿La sabe usted?

UBAL. ¡Ya lo creo! ¡Pues es poco conocida!

ROB. ¡Qué bien la cantaba Colombina!

UBAL. ¡Si es ésta! (Mostrándole la estampa.)

ROB. ¡Ah! ¿La conoce usted?

UBAL. No la conozco; pero la he visto.

ROB. ¿Dónde?

UBAL. En Guadalajara.

ROB. (Alarmado.) Pero ¿está aquí?

UBAL. Ha comprado la quinta de al lado con su nombre verdadero, porque «La bella Colombina» era... el mote de guerra. ¿Y usted la conoce?

ROB. Desgraciadamente.

UBAL. ¿Cómo?

ROB. No; digo que desgraciadamente no la conozco más que de verla, como usted.

UBAL. ¡Ah! ¿De modo que tiene esa costumbre?

ROB. ¿Qué costumbre?

UBAL. La de bañarse al aire libre.

ROB. Sí; ¿cómo lo sabe usted?

UBAL. Por... casualidad. El otro día, paseando por la huerta, se me ocurrió mirar por una grieta de la tapia que separa las dos fincas, y la ví... (Accionando como si nadara.)

ROB. ¿Dónde?

UBAL. Pues, hombre, en un estanque. ¡Y con un

traje!... Es decir: ¡sin un traje! Se baña casi todos los días.

ROB. ¡Ah! ¿de modo que usted?...

UBAL. Sí; he vuelto, pero...

ROB. ¡Maquinalmente!

UBAL. Eso, dice usted bien, porque no soy yo quien va á mirar por la tapia; es otro Ubaldo Godínez nuevo, que va hasta la grieta arrastrado por los encantos de esa mujer. En fin, para que comprenda usted en qué estado me encuentro; todas las noches sueño con ella, y mi mujer se ha apercibido ya de ello, porque lo hago en voz alta. ¡Qué hermosa! ¡Qué hermosa es! exclamo algunas veces, y Catalina me vuelve á la realidad para decirme: «¿á quién te refieres, hombre?» A tu alma, contesto yo; á tu alma.

ROB. ¿Sabe usted que eso es peligroso?

UBAL. ¡Ya lo creo! Por menos que eso me ha dejado mi mujer sin postre muchísimas veces. ¿Y una noche que estaba yo encaramado en una ventana con un anteojo para verla acostarse y me sorprendió Catalina? ¡Qué compromiso!

ROB. ¿Qué hizo usted?

UBAL. Apelar á mi recurso de siempre: fingirme sonámbulo. ¡Ah! Esa mujer ocupa mi pensamiento de día y de noche. Ahora después de llenar las quinientas circulares del patronato, que es el castigo anejo á los dos días de encierro, la estoy haciendo unos versos... Oiga usted:

Al contemplar ¡oh Dios! tu linda cara,
que es quizá, Colombina, la más fresca
de toda la provincia de Guadalajara...

Ahora me falta un consonante á fresca.

ROB. Yesca.

UBAL ¡Es verdad! Ya está.

«Tengo mi corazón como una yesca.»

ROB. ¡Bien! Inspiradísimos. ¿Y cuándo se declara usted?

UBAL. ¡Ah! A eso no me atrevería. Además, no puedo hablarla en ninguna parte. Si tuviera como usted, un estudio, un campo neutral...

ROB. Le ofrezco á usted el mío.

UBAL. ¡Ah! ¿Por quién me toma usted?... Y... ¿dónde dice usted que es?

ROB. Calle de San Pascual, número quince.

UBAL. (Apuntando las señas en un puño de la camisa.) Procuraré olvidar esas señas para evitar la tentación. ¿Quince, verdad? Y no está lejos.

ROB. El día menos pensado se presenta usted allí, maquinalmente.

ESCENA VII

DICHOS y LUCÍA, por la primera izquierda

LUCÍA (Corriendo.) ¡Tío! ¡Tío! ¡Ahí está! ¡Escóndete!

UBAL. ¡Dios mío! ¡Soy perdido! ¿Tienes tú la llave?

LUCÍA No; la tiene Francisco.

UBAL. ¿Y dónde se ha metido ese? ¡Francisco!

ROB. ¡Calma, calma!

LUCÍA ¡Francisco!

ESCENA VIII

DICHOS; FRANCISCO, por la segunda derecha

FRAN. ¡Señorito! ¡Escóndase usted, por Dios; que viene!

UBAL. Enciérrame, Francisco. (A Roberto, atolondrado.) Tanto gusto... ya hallaremos... (A Francisco.) Da dos vueltas, Francisco. (Recordando.) «Tengo mi corazón como una yesca.»

(Vase por la primera derecha. Francisco echa la llave. Roberto y Lucía corren azorados.)

LUCÍA (A Roberto, después de haber mirado por la ventana.) ¡Huye, que llega!... Por aquí, por la puerta del callejón. (Lo empuja por la segunda derecha.)

ROB. Sea; ¡pero volveré! (Vase.)

FRAN. ¡Eh! ¡El coco! (Huye por la primera izquierda. Lucía se sienta precipitadamente á bordar.)

ESCENA IX

LUCÍA, CATALINA y SABINO. Catalina trae una perra en brazos, y la sigue Sabino, quien al pasar por delante del cuadro donde está el cuchillo, hace una reverencia

CAT. (Entrando por el foro y escudriñándolo todo de una mirada.) Bien; todo está tranquilo. ¿Y tu tío?

LUCÍA No sé... no lo he visto.

CAT Bien... ¿Ha venido alguien?

LUCÍA No... nadie.

CAT. Bien. ¡Francisco! (A éste que sale por la primera izquierda.) Tome usted la perrita, y mucho cuidado, ¿eh? ¡Sabino! El azúcar para la perra. (Toma de Sabino los terrones de azúcar y se los da á Francisco que hace mutis por el foro con la perra en brazos.) ¡Uf! ¡No puedo más! Los pasos que he tenido que dar para la organización de este concierto. Sabino, ¿no saluda usted á mi sobrina?

SAB. Iba á hacerlo. (Saludándola.) Lucía...

LUCÍA Caballero...

SAB. (A Catalina.) ¿Ve usted qué poco expresiva?

CAT. Así debe ser. Las jóvenes han de mostrar siempre esa frialdad, que es el escudo de la virtud. ¡Ah! si todas las doncellas fuesen como Lucía. ¡Ah! Si todos los donceles fuesen como usted.

FRAN. (Entrando por el foro.) Esta carta para la señora. (La da y se va por el foro.)

CAT. (Leyendo el sobre.) «Señora Presidenta del Patronato...» (A Sabino.) Léala usted, que es el secretario.

SAB. (Leyendo.) «Quinta del Alamo.»

CAT. ¿Cómo? ¡La firma! ¡Lea usted la firma!

SAB. «Enriqueta del Prado.»

CAT. ¡Ah! ¡Esa!... ¡qué atrevimiento! ¡Una... cupletista! Siga usted á ver hasta donde llega su descaro.

SAB. (Leyendo.) «Señora: aunque no tengo el honor de conocerla...»

CAT. ¡Ya lo creo!

SAB. «Permítame que contribuya con mi ofrenda a los fines de la Asociación que usted preside. Dígnese recibir esas mil pesetas...»

LUCÍA ¡Mil pesetas!

CAT. ¡Qué audacia!

SAB. (Sacándolas del sobre.) Aquí están. (Dándolas á Lucía.) A la cajera.

CAT. (Interponiéndose al ver que Lucía va á tomar el billete.) ¡No! No lo toques. Este dinero está manchado por el vicio, no puede tocarlo una joven púdica. (Después de dudar un momento, coge el billete con las tenazas del azúcar.) ¿Qué hacemos con esto?

SAB. Guardarlas para el patronato. Vienen como anillo al dedo.

CAT. Bien; pero á condición de no darle las gracias.

SAB. Bien.

CAT. Así aprenderá á portarse como las personas decentes. (Se guarda el billete Sabino.) Puede usted irse á cuidar de los últimos detalles.

SAB. Hasta después. (Se inclina ante ella, luego ante Lucía, después, ante el cuchillo; y vase por el foro.)

CAT. Déjame tú también. (Lucía hace medio mutis y Catalina la llama.) ¡Lucía! (Le dirige una mirada severa y le señala con la vista el cuchillo. Lucía hace ante él la reverencia que había olvidado y se va por la primera izquierda.) Después de los asuntos públicos, los privados. (Abre la puerta del encierro de Ubaldo que es la primera derecha.)

ESCENA X

CATALINA y UBALDO, por la primera derecha

CAT. Vamos, salga usted.

UBAL. (Asomando la cabeza.) ¡Mujer! (Aterrado, se vuelve á esconder.)

CAT. ¿Sales ó no?

UBAL. ¿Vienes contenta?

CAT. ¡Vamos, anda! (Ubaldo sale receloso.) ¡Mírame! ¿Has cumplido la penitencia? (Ubaldo le da un montón de papeletas.) ¿A ver? (Examinándolas.)

Bien; está claro, no tiene borrones. Vaya te perdono. Estás en libertad, y tendrás postre. Espero que no volverás á introducir en el seno de la familia obras pecaminosas.

UBAL. Si yo creía...

CAT. ¡Basta! Y ahora, escucha bien, porque se trata de cosas serias. No tengo la costumbre de consultarte; pero, como en esta ocasión, el asunto te toca de cerca, te admito á consejo. (Llama al timbre que está al lado de la puerta del foro.)

UBAL. Gracias.

CAT. (A Francisco que sale por el foro.) Que venga la señorita Lucía. (Vase Francisco por la primera izquierda.) Te admito á consejo; pero acuérdate de que no puedes llevarme en nada la contraria.

UBAL. Bueno. (Aparte.) Yo ya no soy un hombre, soy un eco.

ESCENA XI

DICHOS, LUCÍA por la primera izquierda y detrás FRANCISCO que se va por el foro

LUCÍA Aquí estoy.

CAT. Acércate y oye. Eres ya una mujer y hay que pensar en casarte.

LUCÍA (Aparte.) ¡Dios mío!

CAT. Tú habrás pensado ya en eso; así, pues, no dudo que te alegrarás cuando te diga que vas á casarte con el hombre de tu elección.

UBAL. (Aparte.) ¡Jé... jé!...

LUCÍA ¿Sí?

CAT. Sí; porque estoy segura de que has de elegir al que yo te mande.

UBAL. (Aparte.) ¡Jé... jé!...

CAT. Habrás comprendido que se trata de Sabino. (A Ubaldo.) ¿Tú qué opinas?

UBAL. Habrás comprendido que se trata de Sabino.

LUCÍA ¡Sabino! ¡Pero si no le quiero!

CAT. Eso no importa; el matrimonio no es cuestión de cariño.

LUCÍA Tío, ¿oye usted?

UBAL. El matrimonio no es cuestión de cariño.

LUCÍA Pero esto es una tiranía.

CAT. ¡Cómo!

FRAN. (Saliendo por el foro.) Don Roberto Almanzor.

LUCÍA (Con alegría.) ¡Ah!

CAT. ¿Ese joven aquí? Ya debía haber comprendido... Dí que no estoy.

LUCÍA Tía...

UBAL. Dí que no estoy.

LUCÍA Tal vez quiera decirnos algo importante...

CAT. Sí; después de todo vale más decirle claramente que no vuelva á poner aquí los pies. Que pase. (Vase Francisco por el foro.)

UBAL. ¡Que pase!

CAT. Tú, (A Lucía.) á tu labor. Y tú, (A Ubaldo.) no olvides que es á mí sola á quien tiene que hablar.

UBAL. De modo que yo...

CAT. ¡Basta!

ESCENA XII

DICHOS y ROBERTO por el foro

ROB. (Saludando.) Señora...

CAT. ¿A qué se debe esta visita tan... imprevista?

ROB. A la admiración, señora: he recibido la circular que ha tenido usted la bondad de enviarme...

CAT. Se ha enviado á todo el mundo.

ROB. Sí; pero vengo á pedirle permiso para ofrecer á sus simpáticos protegidos un cuadro que puede rifarse y...

CAT. ¿Un cuadro de usted?

ROB. La Caridad.

CAT. (Escandalizada.) ¡Oh!

UBAL. (Bajo á Roberto.) ¡Torpe!

ROB. (A Ubaldo.) (No tema usted.) (Alto.) Está presentada de un modo nuevo: en el momento de despojarse de sus vestiduras para los pobres. Se despojará; pero no lo ha hecho todavía.

CAT. Siendo así, acepto. No tengo derecho á rehusar los dones hechos á nuestra Asociación, sea cual fuese su procedencia.

ROB. ¡Cuánta amabilidad!

CAT. Y, para corresponder á su esplendidez, voy á darle una noticia que será usted el primero en conocer: mi sobrina Lucía se casa.

ROB. ¿Eh?

CAT. Con Sabino.

LUCÍA Tía...

UBAL. Con Sabino...

CAT. Beso á usted la mano. (Lo saluda con la cabeza, se sienta á la mesa y empieza á hojear un libro.)

ROB. (Aparte.) ¡Casar á Lucía! (A Ubaldo.) ¿Y usted no dice nada?

UBAL. Nada.

ROB. ¡Caramba! Usted es su tío: hable usted.

LUCÍA Vamos, tío...

UBAL. (Levantándose.) Esperad.

ROB. ¿Qué va usted á hacer?

UBAL. Ver si tengo valor.

ROB. / LUCÍA ¿Y qué?...

UBAL. (Sentándose.) Que no lo tengo.

ROB. Hablaré yo. Señora, escuche usted; amo á Lucía.

CAT. Ruego á usted que calle.

ROB. No; no callaré.

CAT. ¿Qué es eso? ¿Se atreve usted á hacerme frente? Y tú, (A Ubaldo.) ¿no dices nada?

UBAL. ¿Se atreve usted á hacerle frente?

CAT. A una mujer á quien se admira en toda la provincia de Guadalajara.

UBAL. (Distraído.) En toda la provincia de Guadalajara, tengo mi corazón... ¡Uy!...

CAT. ¿Eh?

UBAL. Nada.

CAT. A una mujer que ha sido protagonista de un episodio como el del cuchillo.

ROB. ¡Otra vez! ¿Pero qué viene á ser eso del cuchillo?

CAT. ¡No conoce la historia del cuchillo!

UBAL. ¡Pobre!

CAT. Cuéntala.

UBAL. (Aparte.) ¡Adiós!
CAT. Lucía, márchate.
LUCÍA Ya lo sé. (Aparte á Roberto.) ¡Mujer de Sabino, jamás! (Vase por la primera izquierda.)

ESCENA XIII

CATALINA, UBALDO y ROBERTO

UBAL. (Con tono solemne.) «Historia del cuchillo. Catalina tenía veinticinco años, era el mil ochocientos...»
CAT. La fecha no hace falta.
UBAL. Bueno; hace veinticinco años. «Estábamos pasando una temporada en Sigüenza, y mi mujer venía sola todos los domingos á Guadalajara.»
CAT. No te olvides de decir que yo era muy bonita.
UBAL. Es verdad; hay que advertirlo: «En uno de aquellos viajes, un hombre entró en el departamento de Catalina cuando el tren pasaba por Jadraque.»
CAT Un hombre joven y guapo.
UBAL. «Según parece, se atrevió á dirigirle la palabra, y hasta llegó á ofrecerle parte de su merienda. Mi mujer se quejó al revisor, que tuvo el cinismo de no hacerle caso. Al fin llega aquí, baja del tren, el desconocido la sigue y ella se refugia en casa, creyendo librarse así de su perseguidor.»
CAT ¡Ay!
UBAL. «Llega la noche, hace calor, Catalina apoyada en la ventana monda silenciosamente un melocotón. De pronto oye pasos en el jardín, mira, y ¡oh, sorpresa! ve al hombre que entró en el vagón.»
ROB. ¿El revisor?
UBAL. No, el audaz viajero. «De un salto llega á la reja, trepa por ella y entra en la estancia.»
ROB. Gritaría usted.
CAT. Habían salido los domésticos, caballero.
UBAL. «La desdichada se creía ya perdida, cuan-

do su virtud salvaje le infundió el valor de los grandes héroes. Con el mismo cuchillo conque estaba pelando el melocotón, ¡ras!»

ROB. ¿Usted?

CAT. ¡Yo!

UBAL. «En aquel instante llegan los criados, el malhechor huye, pero se le persigue inútilmente. Al otro día fuí yo avisado, y al llegar y oir de labios de esta admirable esposa el relato de lo ocurrido, y ver con mis propios ojos las manchas de sangre del malvado, no pude menos de inclinarme ante su heroismo. Vea usted el cuchillo que he mandado colocar así, por indicación de ella, para enseñanza de nuestros sobrinos y de los sobrinos de nuestros sobrinos. He dicho.»

ROB. Bueno, ¿y qué?

CAT. Después de esto, comprenderá usted que una mujer de mi temple no puede admitir que se discutan sus decisiones. Vamos, Ubaldo. Beso á usted la mano. (Pausa.)

ROB. (A Ubaldo, aparte.) ¿Y se va usted así?

UBAL. ¡Ah! Amigo mío, el cuchillo... (Vanse Ubaldo y Catalina por la primera izquierda.)

ESCENA XIV

ROBERTO. Después COLOMBINA por el foro

ROB. Qué matrimonio tan original; pero queriéndonos nosotros, ¿qué nos importan los cuchillos ni las historias? (Ve pasar por la ventana y entrar por el foro á Colombina.) ¡Colombina! ¡En esta casa!

COL. (Entrando y al ver á Roberto.) ¡Roberto! Al fin logro verte. Cuánto te he buscado desde que supe que estabas aquí.

ROB. ¿Sí? (Aparte.) Tanto como yo me he escondido.

COL. Pero ya que te tengo; no te suelto.

ROB. ¡Vaya con Colombina! (Aparte.) Pues estoy fresco. (Alto.) Y, ¿qué te trae á esta casa?

COL. Quiero hablar con don Ubaldo Godínez.

ROB. (Tratando de irse.) Voy á avisarle.

COL. Espera, no tengo prisa. Hablemos nosotros un rato. ¡Cuánto he pensado en tí desde que no nos vemos!

ROB. ¿De veras?

COL. Sí. Si vieras que efecto más raro me produce el verte. Porque allá y en nuestro círculo todos os parecéis; pero aquí, en una provincia, al lado de los demás...

ROB. ¡Aduladora!.

COL. ¡Ah! Te participo que me divierto aquí locamente. Me tratan todos con un respeto; doña Enriqueta por aquí, doña Enriqueta por allá... El oirme llamar así es lo que me da más risa.

ROB. ¿Y qué idea se te ha ocurrido de instalarte aquí?

COL. Hace tres meses que he entrado en posesión de una herencia. ¿Te acuerdas de aquel ingeniero inglés? Sí, uno viejo, calvo, muy gordo, que estaba siempre en la primera fila devorándome con los gemelos. Pues ese ha sido mi único... protector. El pobrecillo se murió, era solo en el mundo y me ha legado su fortuna con la condición de que renunciara á mi vida de teatro y abandonara para siempre la corte.

ROB. ¡Pobre señor!

COL. Pues, mira, he cumplido su voluntad sin gran violencia, porque estaba ya harta de aquel ajetreo; siempre soportando las imposiciones de los empresarios y las groserías del público de *varietés*...

ROB. Y, ¿en qué pasas el tiempo aquí?

COL. ¡Ah! Pues no tengo un momento de reposo, porque vivo en un término medio encantador. Soy la señora burguesa, absorbida por los quehaceres de su casa, y la mujer de mundo, con todas sus deliciosas ocupaciones y refinamientos. En una palabra: ni la ligereza de mi vida pasada, ni el ascetismo ridículo de la dueña de esta casa. Es una mesa revuelta deliciosa.

ROB. (Como deseoso de terminar.) Pues nada, mi enhorabuena por tu regeneración; te veo en el camino de la virtud.

COL. De mesa revuelta. Así es que nos veremos.

ROB. Cuando tú quieras.

COL. Esta mañana averiguó mi doncella las señas de tu estudio. Me convido á comer hoy.

ROB. Bueno. Hasta luego.

COL. Adiós, simpático.

ROB. (Aparte.) No me faltaba más que esto. (Vase por el foro.)

COL. (Mirando hacia la izquierda.) ¡Ah! Don Ubaldo. Vuelvo á ser Enriqueta del Prado.

ESCENA XV

COLOMBINA y DON UBALDO que sale por la primera izquierda

UBAL. Parece que está algo más calmada. Siempre furiosa, pero vamos... (Viendo á Colombina.) ¡Ella!

COL. Dispense usted, caballero, que me presente en su casa sin tener el gusto...

UBAL. Yo sí la conozco.

COL. ¿Sí?

UBAL. De... vista; de vista nada más.

COL. (Aparte.) Parece turbado. (Alto.) ¿Está usted enfermo?

UBAL. No...

COL. Entonces escuche usted. (Se sienta.)

UBAL. (Aparte.) ¡Y se sienta! ¡Ay, si mi mujer sale! (Mira por la izquierda y se pasea lleno de miedo.)

COL. Pero, siéntese usted.

UBAL. (Aparte.) Sea lo que Dios quiera. (Se sienta.) Ya escucho. (Aparte.) Parece que estoy sentado sobre un volcán.

COL. No sé si sabrá usted que he comprado la quinta del Alamo.

UBAL. Sí; lo sé, lo sé.

COL. Tengo el proyecto de vivir para siempre en ella, y deseo arreglarla á mi gusto, agrandar el jardín... Como la huerta de esta casa

linda con él, si usted quiere venderme parte de ella, podré realizar mi proyecto.

UBAL. El caso es que...

COL. Quitaría la tapia.

UBAL. ¿Del todo?

COL. Sí; y mandaría edificarla más acá.

UBAL. (Con descontento.) ¡Oh!

COL. De todos modos tendríamos que hacerla nueva. Está casi ruinosa, y, como el estanque está junto á ella, y yo me baño en él todos los días, temo que puedan verme desde alguna hendidura.

UBAL. Desde una nada más, y para eso, hay que subirse en una piedra.

COL. ¡Cómo! ¿Sabe usted?...

UBAL. Sí; pero yo no... (Suspirando, aparte.) ¡Ay! ¡Qué mirada!

COL. Como ese terreno no le sirve á usted de gran cosa, creo que todo debe reducirse á que tratemos del precio. ¿Cuánto quiere usted?

UBAL. (Aparte.) ¡Ay, qué mirada! (Alto.) Escuche usted, señora: si dependiera de mí, no le vendía ese terreno, se lo regalaba; ¡y la posesión entera!

COL. No me han engañado al hablarme de su galantería.

UBAL. Desgraciadamente no estoy solo; tengo á mi mujer.

COL. ¿Y qué? ¿No es usted el dueño de su casa?

UBAL. ¡Yo!... Sí; claro que si lo exigiese... pero no puedo.

COL. Pues crea usted que me contraría mucho; en fin, espero que ésta no será una resolución inquebrantable.

UBAL. ¡Ay!

COL. Piense usted en que no encontrará otra compradora como yo, dispuesta á cerrar el trato á cualquier precio.

UBAL. ¿A cualquier precio?

COL. Sí; yo soy así; nada me parece caro cuando se trata de satisfacer un capricho.

UBAL. (Aparte.) ¡Ay! ¡Qué mirada!

COL. Reflexione usted, y ya nos volveremos á ver.

UBAL. Eso, eso es lo mejor, volvernos á ver; pero no aquí.

COL. Donde usted quiera.

UBAL. ¿De veras? ¿Consentiría usted?...

COL. ¿Por qué no?

UBAL. (Aparte.) Esta mujer desvanece. (Alto.) Entonces le escribiré á usted citándola.

COL. Acudiré con mucho gusto, y cuanto antes mejor.

UBAL. (Aparte.) Me va á dar un mareo.

COL. Conque de acuerdo, ¿eh? (Levantándose y dándole la mano.) Hasta cuando usted quiera.

UBAL. Sí. . sí... (Aparte.) ¡Ay, qué mano! (La acompaña hasta la puerta del foro, y cuando vuelve al primer término, aparece Colombina en la ventana.)

COL. A cualquier precio. (Vase.)

ESCENA XVI

UBALDO. Después FRANCISCO por el foro

UBAL. ¡A cualquier precio! ¿Qué habrá querido indicarme? En estas condiciones un hombre audaz no perdería un instante. Ubaldo, ¿por qué no pruebas á ser un hombre audaz? ¡Deben de ser tan dichosos los hombres audaces!... Pero de fijo ninguno de ellos tiene una mujer como la mía... ¡Bah! ¡Quién dijo miedo! ¡Venga papel! ¡Venga tinta! ¡Venga... venga lo que Dios quiera! (Escribiendo.) «Colombina: esta noche á las nueve calle de San Pascual, número... (Mirándose el puño de la camisa.) quince. Godínez.» (En tono despótico.) ¡A ver! Un emisario, un siervo, un esclavo cualquiera. (Toca un timbre y escribe el sobre. Al terminar, entra Francisco y se coloca detrás de él, de modo que cuando Ubaldo se levante violentamente gritando, le tropiece y le dé el grito en el mismo oído.) ¡Un siervo he dicho! (Volviendo á su tono humilde de siempre al ver á Francisco.) Dispensa, hombre, creí... (Recordando su tono autoritario.) ¡Esta carta á su destino! ¡Pronto!

FRAN. Voy... (Aparte.) Está desconocido... (Vase por el foro.)

UBAL. (Después de una pausa.) ¡Dios mío! ¿Qué es lo que he hecho? (Se asoma.) ¡Por dónde va ya! ¡Francisco! Echale un galgo. La primera vez en su vida que ha ido deprisa... ¿Qué va á ser de mí ahora?... Pero, señor, cómo en un momento... ¡Y qué bonita estaba!... Tiene un modo de llevar la ropa... ¡y un modo de no llevarla! (Sacando el papel de música y mirando la cubierta.) Aquí la pintan en un término medio encantador. Cantando este couplet debe de estar para comérsela, porque la canción es preciosa.
(Cantando.)

«Tengo una pulga
en la camisa...»

(Tararea los dos versos siguientes.) ¡Ah! Y luego aquello de...

«Tarara chintara
larara chintara...»

ESCENA XVII

DICHO y CATALINA por la primera izquierda

CAT. ¿Qué estás cantando?

UBAL. (Guardándose la música apresuradamente en el bolsillo del pantalón.) Nada..

CAT. ¿Qué estás cantando?

UBAL. ¿Yo?... nada; si no cantaba.

CAT. Sí; y ahora no puedes decir que estás sonámbulo.

UBAL. Vaya, todo hay que decirlo. Estaba ensayando una pieza para sorprenderte esta noche en el concierto.

CAT. ¡No añada usted el sarcasmo á la depravación! Queda usted castigado sin postre.

UBAL. ¡Bueno!

CAT. Además no irá usted al concierto sacro.

UBAL. Bueno. (Aparte.) No es chica suerte; ella misma me da libertad.

CAT. (Que se ha asomado á la ventana al oir murmullos

dentro.) Ahí están. (A Ubaldo.) He convidado á comer á algunas señoras del Patronato, al nuevo Gobernador que vendrá con su Secretario particular y á Sabino.

UBAL. Lo ignoraba.

CAT. No te hacía falta saberlo. Desde aquí nos iremos todos al concierto, y tú permanecerás en casa hasta las diez, hora en que irás á recogernos. A ver cómo te portas delante de tanta gente; y á la hora del postre, tú mismo lo rechazarás. Que tu castigo sea un secreto para el mundo indiferente. (Sube al foro.)

UBAL. (Aparte.) ¡Libre! ¡Libre!

ESCENA XVIII

DICHOS, LUCÍA por la primera izquierda. SABINO, LAS SEÑORAS DE PÉREZ, GÓMEZ, FERNÁNDEZ y MARTÍNEZ, EL GOBERNADOR y su SECRETARIO PARTICULAR y después FRANCISCO. Todos salen por el foro

CAT. ¡Ah! Qué alegría, señor Gobernador... (Todos se saludan con mucha efusión, las señoras se besan, etcétera. Mucha animación en la escena que interrumpe el Gobernador con su tono altisonante.)

GOB. El gobierno liberal, á quien inmerecidamente represento...

SEC. ¡Bien!

GOB. Se considera dichoso al saludar á usted por mi conducto, y...

CAT. Pero siéntese usted...

GOB. Por mi conducto; añadiendo que ve con gran satisfacción... (Duda lo que ha de decir.)

SEC. (Apuntándole al oído.) Los resultados benéficos...

GOB. (Volviendo á tomar el hilo del discurso.) Los resultados benéficos del Patronato que usted tan dignamente preside, como mujer celosa...

UBAL. Sí, señor.

GOB. Del cumplimiento de sus deberes.

SEC. ¡Muy bien!

CAT. Gracias. (Presentándola.) Mi sobrina Lucía.

GOB. ¡Oh! Tanto gusto...

CAT. Es una joven educada por mí, en los más sanos principios de moral. Lucía, enséñale al señor Gobernador lo que estás bordando... (Lucía lo muestra y todos se acercan y lo celebran)

LUCÍA Si nó vale nada...

FRAN. (Acercándose á Ubaldo con misterio.) Señorito, aquí está la contestación á su carta. (Se va por el foro.)

UBAL. (Aparte.) Ha contestado. (Lee.) «Gracias. Estaré donde me indica desde las siete y media. Colombina.» Qué prisa tiene. ¡Ay! Yo me vuelvo loco. Se va á hartar de esperarme, pero, ¿cómo me voy antes de comer?

GOB. Se habla por ahí de Guadalajara sin citar otra cosa que sus bizcochos borrachos; pero nadie supone que aquí se fabrican estos encajes.

S. GÓM. Parece Chantilly.

GOB. Exactamente: Chantilly.

SEC. (Aparte.) Qué entendido es el Gobernador en confitería.

GOB. ¿Y no tendremos el gusto de conocer al señor Godínez?

CAT Es verdad que no lo he presentado. Ni me acordaba de tí.

UBAL. (Aparte.) ¡Qué suerte!

CAT. (Presentándolo.) Mi marido.

GOB. He oído hablar mucho de los méritos de su señora, de su bondad...

UBAL. (Aparte) No habrá sido á mí.

GOB. Y del ejemplo dado á los habitantes de Guadalajara con un acto de heroísmo...

UBAL. (Aparte.) ¡Adiós! Historia tenemos.

CAT. No; siempre se exagera...

GOB. He oído no sé qué historia de un sable...

CAT. ¡De un cuchillo!

GOB. ¡Ah! ¿Un cuchillo nada más? Es lo mismo; me gustaría conocerla.

S. PÉR. ¡Ah! ¿Pero no la conoce usted?

TODOS No la conoce, no la conoce...

CAT ¡Ubaldo!

UBAL. ¿Qué?

CAT. Cuéntala.

UBAL. (Aparte.) ¿No lo dije?
GAB. Soy todo oídos.
SEC. (Imponiendo silencio á todos.) ¡Chits!...
LUCÍA (Aparte.) Gracias á Dios que la voy á conocer.
CAT. ¡Lucía, márchate! (Se levanta Lucía y se va por la primera izquierda.)
UBAL. (Avanzando y con tono solemne.) «Historia del cuchillo» Catalina tenía veinticinco años; era el mil ochocientos... (Mientras habla va cayendo lentamente el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración y los mismos muebles del acto primero. El aparato de luz eléctrica que hay pendiente del techo y que en el primer acto aparece apagado, en éste estará encendido porque la acción pasa de noche.

ESCENA PRIMERA

FRANCISCO. Después PIPORROTEA

FRAN. (Que aparece echado en el sofá, se despereza como si se despertara de un largo sueño.) ¡Aaaah!... Parece que tardan los señores. ¡Aaaah!... Así no volvieran más.

PIP. (Saliendo por el foro.) ¿Se puede?

FRAN. (Levantándose rápidamente.) ¿Quién?

PIP. ¿El señor Godínez?

FRAN. Ha salido.

PIP. ¡Otra vez! ¿Pero á qué hora se le puede ver?

FRAN. Ha ido á recoger á las señoras al concierto y ya no debe de tardar.

PIP. Entonces, volveré.

FRAN. ¿El señor dijo antes que no quería dar su nombre?

PIP. Sí; porque se trata de una sorpresa. Son las diez y cuarto; volveré dentro de media hora. (Vase por el foro.)

ESCENA II

FRANCISCO

¡Qué raro es este señor! Con ésta son cinco las veces que ha venido ya hoy. ¡Y habrá que ver la sorpesa que se traiga! Ha dicho que son las diez y cuarto, ¿cómo no habrán vuelto aún del concierto? (Mira por la ventana al jardín.) Un coche entra en el jardín... ¡Ah! Son los señores... ¡Já, já! Don Ubaldo en mangas de camisa. (Vase á la puerta del foro para recibir á los personajes que llegan.)

ESCENA III

DICHO, CATALINA, LUCÍA, UBALDO y SABINO. Se les ve cruzar por la ventana y salen por la puerta del foro, doña Catalina empujando y disputando con don Ubaldo que viene en mangas de camisa

UBAL. (A Catalina.) ¿Quieres explicarme ya?...
CAT. ¡Silencio!
FRAN. ¿Se ha puesto malo el señor?
CAT. Usted á sus ocupaciones. (Vase Francisco por el foro.)
LUCÍA Tío, te vas á constipar.
CAT. Tú, á tu cuarto. (Vase Lucía por la primera izquierda.)
SAB. Está usted demasiado agitada...
CAT. Usted, á... (Conteniéndose.) Dispénseme, amigo; pero la conversación que va á tener lugar es de una índole que...
SAB. (Haciendo con la mano ademán de pegar.) Sí, comprendo y me retiro. (Vase por el foro haciendo antes la reverencia ante el cuchillo.)
UBAL. (Aparte al verse solo con Catalina.) ¡Creo en Dios Padre!...

ESCENA IV

CATALINA y UBALDO

CAT. Ubaldo, va á comenzar el interrogatorio. ¿Juras decir la verdad?

UBAL. El caso es que yo quería preguntar antes...

CAT. ¿Cómo? ¿Tú á mí?

UBAL. No te irrites, mujer. Es que desearía saber cómo me he encontrado de pronto rodeado de vosotros y en mangas de camisa. (Catalina le observa con mirada escudriñadora. Ubaldo trata de sostener la mirada y dice aparte.) Ubaldo, de tu habilidad depende tu vida.

CAT. Vamos á ver, ¿qué has hecho después que nos marchamos?

UBAL. Pues... echarme un ratito en ese sofá.

CAT. ¿Y luego?

UBAL. ¡Luego!... Pues... luego... pues no sé más. Es extraño; no recuerdo nada desde ese momento. Trato de ahondar en mi espíritu, y noto un lapso... una laguna en mi vida consciente... un paréntesis sin nada dentro...

CAT. (Aparte.) ¿Se estará burlando de mí?

UBAL. Sí... sí... Sin duda me quedé dormido y... de pronto la idea de que debía ir á buscarte al concierto, brotó en sueños; pretendo dar un salto para incorporarme, y me hallo en el interior de un coche, sujeto por ferreas manos. Figúrate mi pavor hasta que reconocí á los que conmigo iban: mi dulce esposa, Lucía, Sabino... ¿Cómo estaba allí?.. ¡Misterio!

CAT. (Insidiosamente.) ¿No tenías una cita?

UBAL. (Fingiendo inocencia.) No...

CAT. ¿No tenías que ver á una mujer?

UBAL. (Fingiendo escandalizarse.) ¡Yo á una mujer!

CAT. Sí; á esa... Enriqueta del Prado.

UBAL. ¡Si no la conozco!... ¡Ni de vista!

CAT. ¿De modo que no te has dado cuenta de nada?

UBAL. De nada.

CAT. ¿Serías capaz de jurarlo?

UBAL. ¡Por tu salud!

CAT. Entonces ¿cómo estabas en aquel estudio?

UBAL. ¿En un estudio? ¡Calla!... Sí, ya sé lo que ha pasado.

CAT. Habla.

UBAL. ¡Claro! La culpa la tiene Roberto Almanzor.

CAT. ¿Cómo?

UBAL. Hoy me ha hablado más de veinte veces de su taller, con tanto elogio que prometí hacerle una visita. Indudablemente impresionado por esa conversación, como sabes que soy sonámbulo... eso es; he ido á hacerle la visita dormido; ¡eso es!

CAT. Bueno, y aquella mujer ¿qué hacía allí?

UBAL. ¡Ah! De eso no sé una palabra. Sería alguna amiga de Roberto.

CAT. Y ¿cómo estaba encerrada contigo?

UBAL. Eso sí que es raro. Como no fuera el viento... Ya sabes que cuando hace viento, las puertas... ¡Plan!

CAT. ¿Y el viento echa la llave? (Ubaldo se encoge de hombros.) Bueno, bueno, yo me enteraré bien de lo ocurrido.

UBAL. (Aparte.) Me parece que me he salvado.

CAT. Aquí lo único que hay claro como el sol, es que ese pintamonas recibe en su estudio á mujeres de historia borrascosa.

UBAL. ¡En eso, en eso es en lo que hay que fijarse. (Aparte.) ¡Pobre Roberto!

CAT. Esta es la gota de agua que hace derramar el vaso de mi indignación contra ese joven.

UBAL. ¡Vaya una gota! ¡Eso es un chorro! (Aparte.) ¡Qué sinvergüenza me estoy volviendo.

CAT. Por consiguiente, ahora mismo le vas á escribir.

UBAL. ¿Qué voy á decirle?

CAT. Que no vuelva á poner los ojos en nuestra sobrina, ni los pies en esta casa, y que se guarde el cuadro. Sé firme, y si es preciso brutal. Mientras escribes, voy á llevar el dinero de la caja á nuestra limosnera.

UBAL. ¿No crees que una carta atenta bastaría?

CAT. ¡He dicho que brutal!

UBAL. Bueno, por mí...

CAT. ¡Vaya con el caballerete! (Vase por la primera izquierda.)

ESCENA V

UBALDO. Después FRANCISCO

UBAL. Ha caído como un mirlo. Yo no sé cómo he salido con bien de este infundio. Gracias á mi serenidad... En fin, vamos á escribir á Roberto. Tiene que ser una carta brutal... pero, si yo pudiera hacer que fuese brutal y atenta á un mismo tiempo... (Se sienta á la mesa y medita sobre lo que ha de escribir.) ¡Achist! ¡Vaya, ya me constipé! ¡Francisco!... ¡Achist! (A Francisco que entra por el foro) Francisco, tráeme una americana, un batín... que voy á... ¡achist! Que voy á coger una pulmonía. (Vase Francisco por la primera izquierda.) Pues era ya lo único que me faltaba.

ESCENA VI

DICHO y FRANCISCO por la primera izquierda con el batín

FRAN. Aquí está el batín.

UBAL. Anda, ayúdame.

FRAN. Pero ¿dónde ha perdido usted el chaquet?

UBAL. ¡Ay, Francisco, no me lo recuerdes! Estás hablando conmigo por un milagro.

FRAN. ¿Qué ha sido?

UBAL. Pues verás: ¿viene alguien?

FRAN. No: hable usted sin miedo.

UBAL. En cuanto se fué la familia al concierto, me encaminé á la calle de San Pascual, al estudio del señor Almanzor. (Con misterio.) ¡Había citado allí á Colombina!

FRAN. (Asombrado.) ¡Usted!

UBAL. Sí; yo. ¿Te asombras, verdad? Yo también; no me explico cómo tuve valor para mandarte con la carta. Llego al estudio, encuen-

tro la puerta abierta y entro. Allí estaba Colombina.

FRAN. ¿Sola?

UBAL. Con Roberto. Esto me contrarió; me despedí pasado un momento y...

FRAN. Y perdió usted la ocasión.

UBAL. ¡Ojalá! En vez de marcharme, me quedé escondido detrás de una cortina á ver si Roberto se marchaba, y desde mi escondite, presencié...

FRAN. ¡Me lo figuro!

UBAL. No; una pelea morrocotuda entre ellos. ¡Han sido amantes! Ella estaba celosa, y le amenazaba con el escándalo si se iba á buscar á mi sobrina. El entonces le suplicó que le sirviera de modelo para terminar un cuadro. ¡Entonces me debí yo marchar! Mientras Colombina entró en el cuarto de los modelos á vestirse, Roberto se escurrió á la calle dejándola prisionera para evitarse el escándalo prometido, y... ¿viene alguien?

FRAN. No, señor.

UBAL. ¡Y dejándome encerrado con ella!

FRAN. ¡Señorito!

UBAL. Yo, enamorado de esa mujer, le pinté mi pasión, le dije que era Margarita y yo Fausto rejuvenecido por el amor, y se rió de mí. Traté de... ¿viene alguien?

FRAN. No.

UBAL. Traté de conquistarla por la audacia, y nada; todo inútil. En vista de mi fracaso, y como se aproximaba la hora de ir á recoger á mi mujer, pretendí forzar la puerta, y para trabajar con libertad me quedé en mangas de camisa; pero la puerta no cedía por nada. Entonces Colombina se asomó á la ventana pidiendo auxilio para que alguien subiera y abriera con la llave que estaba puesta en la cerradura, con tan buen acierto que no pasaban en aquel momento por la calle más que mi mujer, la señorita Lucía y Sabino. Suben, abren, al ver á Colombina la insultan, y yo viéndome perdido, acudí al recurso de fingirme sonámbulo y aparentar que

no me enteraba de nada; me bajaron, me metieron en un coche, y... ¡trampa adelante! Creo que hasta ahora me he salvado; pero no doy un real por mi cabeza si doña Catalina logra averiguar... ¡Qué mujer, Francisco, qué mujer!

FRAN. ¿La de usted? (Se oye dar unos golpes en la puerta segunda derecha.)

UBAL. No, Colombina. ¿Por qué se habrá reído de mí?

FRAN. Aguarde usted, creo que llaman por la puerta del callejón. (Vase por la segunda derecha.)

UBAL. Cuando no me he muerto esta noche, es que soy inmortal.

FRAN. (Que sale.) El señorito Roberto.

UBAL. Que entre, y tú déjanos. (Vase Francisco por la segunda derecha.) Me alegro de que venga; así me ahorro de escribirle.

ESCENA VII

UBALDO, ROBERTO y FRANCISCO que salen por la segunda derecha, Francisco se va por el foro

ROB. (Saliendo con el chaquet de Ubaldo.) Buenas noches.

UBAL. ¿Qué le trae á usted por aquí?

ROB. Vengo á entregarle su chaquet que dejó usted olvidado en mi estudio.

UBAL. Y ¿de dónde saca usted que esa prenda sea mía?

ROB. Porque para ver de quién era he registrado en los bolsillos y encontrado su cartera. ¿Y á qué volvió usted al taller?

UBAL. ¡Psch!

ROB. Ya, ya está usted bueno. He traido yo mismo el chaquet con el fin de que no se descubran sus trapicheos. Pero ¿qué le ha pasado á usted para...?

UBAL. ¡Ay, amigo mio! Una cosa horrible; cuando menos lo esperaba ¡zás! mi mujer.

ROB. ¡En mi casa!

UBAL. Sí; yo en mangas de camisa y Colombina

allí... ¡Ah! Pero no tema usted por mí. He salido del paso divinamente.

ROB. ¿Cómo?

UBAL. Echándole á usted la culpa.

ROB. ¡Hombre, bien!

UBAL. No he tenido más remedio. ¡Bah! De todos modos no se iba usted á casar con mi sobrina.

ROB. ¿Cómo que no? Lo que ha hecho usted es indigno.

UBAL. No, indigno no; un poco maquiavélico nada más.

ROB. De modo, que después de tomar mi estudio por asalto, voy á resultar víctima de sus tonterías. No, señor Godínez, no: ¡hasta ahí podían llegar las bromas!

UBAL. ¿Qué va usted á hacer?

ROB. Uno de los dos ha de resultar sacrificado; pues bien, sacrifíquese usted.

UBAL. ¡Yo!

ROB. Usted, sí señor. Si no hace usted que me case con Lucía, se lo cuento todo á su mujer.

UBAL. Pero, hombre, por Dios.

ROB. Todo, todo; lo de la tapia.

UBAL. Diré que no es verdad.

ROB. Lo de los versos.

UBAL. Los achacaré á... Campoamor.

ROB. Lo de la cita.

UBAL. Necesitará usted pruebas, porque yo negaré, negaré siempre. Usted no sabe quién soy yo negando.

ROB. ¿Una prueba? Aquí está. (Sacando del bolsillo una carta.) La respuesta de Colombina.

UBAL. ¿Eh?

ROB. La encontré en un bolsillo y la he conservado como un arma.

UBAL. ¡Eso es indigno!

ROB. ¡Un poco maquiavélico nada más!

UBAL. Demonio.

ROB. O le habla usted á su mujer en favor mío...

UBAL. Pero esto es un *chantage*.

ROB. ¿Para qué me ha echado usted la culpa?

UBAL. Bueno, probaré; pero hoy no. Déjeme usted un par de días para hacer ánimos.

ROB. Sea; pero á partir de este momento ejerceré sobre su persona una vigilancia inquisitorial, y ¡ay de usted, si trata de hacerme traición! Entonces la carta.

UBAL. Pero, hombre...

ROB. No lo olvide; el matrimonio ó la carta. (Vase por la segunda derecha.)

ESCENA VIII

UBALDO. Después COLOMBINA

UBAL. ¡La carta! Por si no había bastante con el cuchillo. Estoy condenado á tener siempre algo que me amenace.

COL. (Saliendo por el foro.) ¡Ah! Señor Godínez...

UBAL. ¡Usted! (Aparte.) ¡El trueno gordo! (Alto.) ¿Qué viene usted á buscar en mi casa?

COL. No tema usted, nadie me ha visto.

UBAL. (Aparte.) ¡Dios mío!

COL. Va usted á responderme deprisa. ¿Me ha dicho usted antes que Roberto quiere casarse con su sobrina de usted?

UBAL. Sí, pero á usted ¿qué le importa?

COL. Me importa, porque la charranada que me ha hecho esta noche dejándome encerrada con usted, me la paga. Vengo decidida á estorbar ese casamiento.

UBAL. Pues allá usted con él.

COL. Es que usted mismo va á ayudarme en mis planes.

UBAL. ¡Yo! Pero qué afan de meterme todos en el ajo.

COL. Lo impedirá usted; y si no...

UBAL. Si no, ¿qué?

COL. Lo echo á rodar todo y le cuento á su mujer de pe á pa. .

UBAL. (Aterrado.) ¡Dics mio! (Alto.) Negaré.

COL. Le tengo á usted cogido con este papelito.

UBAL. ¿Cuál?

COL. La carta de usted.

UBAL. ¡Cielos! (Aparte.) Roberto con una carta, ésta

con otra, mi mujer con el cuchillo... ¡el disloque!

COL. ¿Qué dice usted?

UBAL. ¡Mi mujer! ¡Que viene mi mujer! ¡Váyase usted!

COL ¿Irme? ¡Cá, hombre! Yo no me marcho sin saber á qué atenerme.

UBAL. Bueno, pues entre usted ahí. (La empuja hacia la primera derecha.)

COL. ¿Va usted á hablar con su mujer?

UBAL. Usted misma va á oirlo.

COL. O se rompe la boda, ó la carta. (Vase por la primera derecha y don Ubaldo echa la llave.)

ESCENA IX

UBALDO. Después CATALINA

UBAL. Lo que sé yo es que voy á encanecer esta noche.

CAT. (Saliendo por la primera izquierda) Bueno, aquí te quedas: voy á entregar ese dinero en la Junta. (Buscando.) ¿Dónde he puesto el libro de las cuentas? ¡Ah! Allí. (Dirigiéndose á la primera derecha.)

UBAL. (Deteniéndola.) ¡No! No; yo le he visto ahí. (Señalando á la mesa.)

CAT. (Tomándolo de la mesa.) Es verdad, aquí está.

UBAL. (Aparte.) ¡Ay!

CAT. ¿Y la carta?

UBAL. ¡Otra!

CAT. ¿Cómo otra?

UBAL. No; he querido decir: ¿cuál?

CAT. La que te mandé escribir á Roberto.

UBAL. Ya la he enviado.

CAT. Irá enérgica.

UBAL. Como que probablemente me costará un lance con él.

CAT. Perfectamente. Ya estamos libres de ese danzante. Antes de verlo casado con Lucía, me dejo cortar la cabeza.

UBAL. Repite, repite eso.

CAT. ¿Para qué?

UBAL. No he entendido bien.

CAT. ¡Te digo que Roberto no se casará nunca con nuestra sobrina!

UBAL. ¡Magnífico! Pues ya ves tú; hay personas...

CAT ¿Qué?

UBAL. Que se empeñan en no creerlo.

CAT. Algún estúpido. Casarse con un hombre que recibe en su casa suripantas... ¡esa... morralla!

UBAL. Habla más bajo, mujer, que te oigo divinamente.

CAT. ¡Una... coupletista! ¿Qué se habrá creído esa... Patti de perro chico? (Vase por el foro.)

ESCENA X

UBALDO, COLOMBINA. Ubaldo abre la puerta primera derecha

COL (Saliendo.) ¿Sabe usted que su *señora* me ha puesto buena?

UBAL. ¡Adiós, otro conflicto!

COL. ¿Conque suripanta? ¿Conque morralla? ¡Tratarme así á mí, que le he enviado mil pesetas para que se las coman entre cuatro zánganos, y no ha tenido ni la atención de darme las gracias! ¡A mí, que si me diera la gana... (Aparte.) la dejaba sin marido!

UBAL. Vaya, no hay que incomodarse. Ya sabe usted que Roberto no se casa.

COL. (Aparte.) Quiero vengarme y demostrar á doña... como se llame, quién es Colombina.

UBAL. Ea, váyase, váyase.

COL. (Con mimo.) ¿Me echa usted?

UBAL. ¡Qué le hemos de hacer! Mi mujer puede volver de un momento á otro...

COL. Pero, ¿no puede usted siquiera dedicarme unos minutos?

UBAL. Unos minutos... ¡claro!

COL. (Ahora verás.) ¿No ha adivinado usted? ¿No ha comprendido usted que todo ha sido un pretexto para introducirme aquí?

UBAL. De modo que el matrimonio de Roberto...

COL ¡Qué me importa Roberto!

UBAL. ¡Ah! Acaso yo... (Aparte.) Ha llegado el momento de la poesía.
«Al contemplar ¡oh Dios! tu linda cara,
que es quizá, Colombina, la más fresca
de toda la provincia de Guadalajara,
siento mi corazón como una yesca.»

COL. (Sin poder contener la risa.) ¿Qué ve usted en mis ojos? (Se aproxima á él y le pone las manos sobre los hombros.)

UBAL. Un cielo, un paraíso...

COL. ¿No se retrata en ellos un personaje de Ópera?

UBAL. Sí, *Fausto*. Yo soy Fausto, rejuvenecido por el amor. Yo también he encontrado mi Margarita, y desde que la ví, mi corazón late violentamente, mi sangre hierve. Al principio creí que estaba enfermo; pero después he visto que esto es el amor. ¡Ah! Margarita, y cuando se arriesga todo lo que usted ha arriesgado al volver á esta casa, y cuando se desprecia el peligro que me amenaza si vuelve Catalina, es que el amor ha hecho presa en nosotros y se desborda como un torrente, rompiendo los obstáculos y avasallándolo todo, todo, todo. ¡Ah, Margarita, cuánto te amo! (Cae á sus pies de rodillas, y Colombina hace esfuerzos para no soltar la carcajada.)

COL. Sí; yo soy así: voluble y orgullosa. Me basta encontrar una dificultad para desear vencerla. Antes rechacé su amor, que podíamos gozar sin obstáculos, porque hubiera sido vulgar. Ahora que el escándalo nos amenaza, que pretende usted que me aleje, apagando al surgir el fuego que usted ha encendido ahora... ahora ¡te amo! Tú sabes luchar contra la pasión; yo no.

UBAL. ¡Yo! ¿Luchar yo? si soy el hombre más cobarde del mundo. ¡Vengan placeres, locas orgías!

COL. Sí, Ubaldo, te amo. Siento por tí el amor más ardiente que se haya podido sentir en... Guadalajara.

UBAL. ¡Oh! ¡Qué feliz soy junto á tí! (Aparte.) ¡San Ubaldo me valga si entra ahora mi mujer!

COL. Nos veremos todos los días.
UBAL. ¿Por el agujero de la tapia?
COL. La tapia la derribaremos.
UBAL. Pero dejando en pie el trozo por donde yo te contemplaba.
COL. En recuerdo de que por allí me viste la primera vez.
UBAL. No; ya te había visto antes.
COL. ¿Dónde?
UBAL. En este grabado.
COL. ¡Ah! La canción de la pulga, mi mayor éxito. ¿No me has oído cantarla?
UBAL. No; pero la sé de memoria. Me he pasado los días contemplando tu efigie y aprendiendo la canción.
COL. (Cantando.) Tarararirо.
UBAL. (Idem.) Tarararirо.

(Los dos siguen tarareando la canción y aparece Catalina por el foro.)

ESCENA XI

DICHOS y CATALINA

CAT. ¡¡Oh!!
UBAL. ¡¡Catalina!!
COL. Ja... ja...
CAT. ¡Desdichados!
UBAL. ¡Tableau!
COL. (Aparte.) Ya tienen el infierno en casa. He conseguido lo que me proponía. (Alto.) ¿Por qué no me avisaste de que podía venir tu mujer? Otro día te seguiré enseñando la canción. Buenas noches, heroína. Adiós, Fausto. (Vase Colombina riendo á carcajadas por el foro.)

ESCENA XII

UBALDO y CATALINA

CAT. ¡No sé cómo me he podido contener! ¡Qué audacia! ¡Qué descoco! ¡En mi casa! Y usted, ¿cómo explica?

UBAL. (Queriendo hacerse el sonámbulo, pero sin fe en el resultado.) ¡Qué hermosa es el alma!

CAT. ¡El alma te voy á romper! ¡¡viejo cínico!! Dos veces no me engañas con ese recurso. ¿Con que eres el amante de esa... señora?

UBAL. Yo te juro...

CAT. Calla, miserable, no jures en falso. Ya supondrás que esto no puede quedar así. Has traído á tu amante á profanar la santidad de esta casa.

UBAL. Pero si fué ella la que quiso seducirme.

CAT. Haberte defendido.

UBAL. ¿Cómo?

CAT. Como yo: con ese cuchillo utilizado por mí en situación parecida, y que has ultrajado con el espectáculo de tu desfachatez.

UBAL. Pues, mira, no se me ocurrió.

CAT. ¿Y qué debo hacer yo ahora contigo?

UBAL. Perdonarme.

CAT. ¡Nunca! Tengo derecho á entablar demanda de divorcio.

UBAL. Esa es una gran idea

CAT. Pero no lo haré. Es necesario evitar el escándalo, y al mismo tiempo es preciso que sufras un castigo.

UBAL. Sí; tienes razón, merezco un castigo. Déjame sin postre dos meses.

CAT. Es poco.

UBAL. Un año; enciérrame...

CAT. Es poco. Mañana abandonarás esta moderna Babilonia y pasarás dos años en nuestra finca de Sigüenza.

UBAL. (Con alegría.) ¿Solo?

CAT. Sí; solo conmigo.

UBAL. (Con decepción.) ¡Ah!

CAT. No verá usted á nadie más que á mí.

UBAL. Pero, mujer, ese castigo es horrible.

CAT ¡Silencio! ¿Aun se atreve usted á hablar?

UBAL. Ya me callo. Pero ¿qué voy á hacer yo en Sigüenza á veinte kilómetros de poblado?

CAT. Cavar, labrar la tierra, y regenerarte por el trabajo.

UBAL. Pero...

CAT. Nada, nada. Ahora mismo voy á disponerlo

todo para salir al amanecer. Es necesario evitar que vuelvas á ver á tu amante...

UBAL. Pero...

CAT. ¡Silencio! (Vase primera izquierda)

ESCENA XIII

UBALDO

Tiene razón; no puedo contradecirla. Sí, soy un miserable. ¿Por qué no habré sabido resistir las seducciones de esa sirena engañadora? ¡Y cuánto me quiere! Qué digusto va á llevar la pobrecilla al no volver á verme. Pues lo que es en Sigüenza voy á pasar una temporadita que me río yo. Si al menos me hubiera divertido aquí.. Estoy rendido, muerto; estas emociones me matan. En fin; ¿qué se ha de hacer? Me echaré un ratito y siquiera el viaje me cogerá descansado. (Se tumba en el sofá.)

ESCENA XIV

DICHO y FRANCISCO por el foro

FRAN. ¡Señorito! ¡Señorito!

UBAL. ¿Eh? ¡Otra vez, hombre! ¿Qué diablos quieres?

FRAN. Ahí está un caballero que desea hablarle.

UBAL. ¿Cómo se llama?

FRAN. No ha querido decir su nombre; pero debe de ser la cosa urgente, porque desde esta tarde ha venido lo menos seis veces.

UBAL. Y ¿por qué no le has dicho que pasara antes?

FRAN. Porque no estaba usted en casa.

UBAL. ¡Cómo! ¿qué no estaba en casa esta tarde?

FRAN. Sí, pero... castigado.

UBAL. Es verdad. Dile que entre. (Francisco hace mutis por el foro.) Está visto que no puedo ni descansar. ¿Quién será? ¿Qué nueva desgracia vendrá á caer sobre mí?

ESCENA XV

UBALDO, PIPORROTEA, por el foro

PIP. ¡Vamos, hombre, gracias á Dios que te encuentro! (Va á abrazarlo con alegría.)

UBAL. Caballero...

PIP. ¡Já, já, já!.. ¡Caballero! Pero, Ubaldo, ¿no me conoces?

UBAL. Sí, te conozco; pero no recuerdo...

PIP. Hombre, parece mentira. ¿Has olvidado nuestros buenos tiempos de Zaragoza?

UBAL. ¿De Zaragoza?... Ya, ya voy cayendo. Lo único que me falta recordar, es tu nombre.

PIP. Piporrotea, Eleuterio Piporrotea.

UBAL. Ya decía yo, ¡Piporrotea! Pero, chico, estás desconocido. Siéntate, hombre, siéntate. ¡Vaya con Piporrotea! Hacía ya veinticinco años que no nos veíamos, Y ¿qué casualidad te trae por aquí?

PIP. Pues verás: cuando nos separamos me marché á América, hice una fortunita, y vengo á comérmela tranquilamente en Madrid. Se murió mi mujer...

UBAL. ¡Qué suerte! Y ¿traes mucho?

PIP. ¡Psche! Ahí cuatro cuartos. Desde Barcelona tenía el billete directo á Madrid; pero al pasar por Guadalajara, pensé que tal vez podría encontrarte aquí. Además, esta población tiene para mí unos recuerdos... En fin, que decidí pasar el día de hoy en esta ciudad y continuar mañana mi viaje á la Corte.

UBAL. ¡Magnífico! Yo también me marcho mañana.

PIP. A echar alguna canilla al aire ¿eh? Pillastre. Y ¿á dónde vas, á París?

UBAL. No; á Sigüenza. Voy á regenerarme.

PIP. ¿Cómo?

UBAL. A... regenerarme la sangre. Es un viaje para algún tiempo, ordenado por el médico.

PIP. Pues sentirás dejar Guadalajara; una pobla-

ción tan alegre, tan bulliciosa, tan próxima á la Corte.

UBAL. (Con sorna.) Sí; divertidísima.

PIP. Hombre, en mis tiempos lo era.

UBAL. ¡Ah! en tus tiempos...

PIP. Conocí á una guadalajareña encantadora. Si la encontrara...

UBAL. Sí, pues debe de estar ya buena.

PIP. Fué una historia corta pero tierna é inolvidable.

UBAL. Cuéntala, hombre, cuéntala.

PIP. Oye: tenía yo veinticinco años; era el mil ochocientos ochenta. Iba de Zaragoza á Madrid. En Jadraque tuve necesidad de bajar, y al volver á subir, deprisa porque ya había arrancado el tren, me metí en un departamento en el que iba una joven sola. ¡Una joven preciosa!

UBAL. ¿Eh?

PIP. ¿Qué?

UBAL. Nada, continua.

PIP. ¡Ay, querido Ubaldo, qué ojos, qué nariz, qué boca, qué... todo! Te digo que al verla me quedé alelado. Durante el camino no cesé de mirarla, de suspirar... por fin me atreví á dirigirle la palabra.

UBAL. ¡Oh!

PIP. ¿Qué te sucede?

UBAL. Nada; acaba.

PIP. En Humanes, le ofrezco...

UBAL. Parte de la merienda.

PIP. ¡Cómo! ¿Tú sabes?...

UBAL. No; pero parece natural...

PIP. Al detenerse el tren en Guadalajara, desciende, y yo detrás. Se dirige á la población, la atraviesa, y yo detrás; entra en una quinta, y yo...

UBAL. ¿Detrás?

PIP. Y yo salto un vallado y entro en el jardín. Acecho oculto detrás de un ciruelo, y al cabo de poco la veo aparecer en una ventana, con un cuchillo en la mano, mondando...

UBAL. ¿Un melocotón?

PIP. Sí; ¿también lo sabes?

UBAL. No; me lo he figurado, porque aquí abundan mucho los melocotones. (Aparte.) Es este, no me cabe duda.

PIP Trepo por una reja y entro en la habitación...

UBAL. (Indignado.) ¡Conque fuiste tú!

PIP. ¡Eh!

UBAL. Tú el que diste ocasión á aquella mujer para realizar un acto heróico, con cuyo recuerdo hace veinticinco años que tiene metidos en un puño á su esposo, á sus amigos y á la ciudad entera.

PIP. Pero si no pasó nada. Te aseguro que no pasó nada.

UBAL. Ella bien se alaba de su valor.

PIP. Pues no hubo ocasión para demostrarlo. El lance no pasó de tres besos.

UBAL. (Dando un salto en la silla.) ¡Cómo!

PIP. El primero en la mano, el segundo en la frente... y el tercero...

UBAL. ¡Cuerno!... ¡Cállatelo!

PIP. ¡Estaba más bonita! Cuánto se conmovió al ver mi sangre correr...

UBAL. A ver, explícame esa... hemorragia.

PIP. Pues nada, que al tomarle una mano me corté con el cuchillo de que se servía para...

UBAL. De modo que fuiste tú mismo...

PIP. En aquél momento volvieron los criados, y tuve que escapar. Una hora después caminaba hacia Madrid; pero he guardado siempre memoria de aquella aventura. ¡Qué mujer! ¡qué mujer! Aún tengo aquí grabada su imagen y la de la casa en que ocurrió el suceso. Ahora acabo de verla, y está en ruinas.

UBAL. ¿La mujer?

PIP. No, hombre, la casa.

UBAL. (Aparte.) Pues si vieras la mujer... (Alto.) ¿Y no averiguaste su nombre?

PIP. No; solamente presumo que se llamaba Carmen, Carolina, Cayetana...

UBAL. Y ¿en qué te fundas?

PIP. En que el pañuelo que me dió para vendar la cortadura tenía bordada una C. Conservo

aquella prenda, y un retrato de ella que cogí de la chimenea.

UBAL. ¡Un retrato! ¿Lo tienes?

PIP. Sí; al acercarme á Guadalajara he sacado estas reliquias para avivar más mi recuerdo. (Sacando del bolsillo una cartera con el pañuelo y el retrato.)

UBAL. Enséñamelas.

PIP. Bueno; pero... (Receloso.) te repito que la cosa no tiene importancia, y que al cabo de los años... Mira.

UBAL. ¡Oh! es ella, es ella. (Abrazándolo sin poderse contener.) ¡Ah! amigo mío, excelente amigo.

PIP. ¿Qué haces, hombre?

UBAL. (Contentísimo.) ¿La besaste? (Aparte.) Me he salvado. (Alto.) ¿Tuviste el buen acuerdo de besarla?

PIP. ¿Eh?

UBAL. (Fingiendo un enojo que está muy lejos de sentir.) ¡Tuviste la osadía de darle tres besos! ¡El primero en la mano!...

PIP. Pero á tí, ¿qué te importa?

UBAL. ¿A mí? Nada; no me importa. Vengan los brazos otra vez. Me has hecho el favor más grande del mundo. (Aparte.) ¡Cómo voy á reirme ahora de Catalina y de su cuchillo!

PIP. (Aparte.) ¡Pobre Ubaldo! Debe de estar chiflado.

UBAL. ¡Ah! ella; silencio.

ESCENA XVI

DICHOS y CATALINA

CAT. (Saliendo por la primera izquierda.) Ya dejo arreglado el equipaje. Caballero... (Saludando á Piporrotea.)

UBAL. (Adelantándose gravemente.) Catalina, ¿no reconoces á este señor?

CAT. No tengo el gusto...

UBAL. Pues debías recordar... es un antiguo conocido de tu juventud. (Presentando á Piporrotea.) El viajero de Jadraque...

CAT. El... viajero... de...

UBAL. Querido Eleuterio: te presento á la joven del melocotón

PIP. ¡Eh! Señora, perdóneme usted que no la haya reconocido.. (Aparte.) Efectivamente, está en ruinas.

CAT. (Aparte.) ¡Qué viejo se ha puesto!

UBAL. Estoy enterado de todo, *querida* esposa. Piporrotea me ha contado...

PIP. ¡Tu esposa! (Aparte.) ¡Qué imprudencia!

CAT. Ignoro lo que te haya contado este señor; pero desde ahora niego que sea verdad.

PIP. Y yo también.

UBAL. ¿Tú? ¿Y te llamas mi amigo? Y usted, señora, se atreve á negar su falta. ¿Y el pañuelo marcado con una C que usted le dió para vendar la herida que se produjo él mismo? ¡Oye usted! ¡¡El mismo!!

CAT. Pero...

UBAL. ¿Y este retrato?

CAT. ¡Dios mío!

PIP. Reconozco que he obrado de ligero al contarte esta historia; pero esta es de las cosas que ya no tienen arreglo, por consiguiente, estoy á tu disposición.

UBAL. ¿Para qué?

PIP. Para que laves esta ofensa en el terreno que tú quieras.

UBAL. ¿Un duelo? Bueno, déjame ahora; necesito tener una explicación con mi mujer.

PIP. Tienes razón. Mientras estaré dando vueltas por el jardín. Ya sabes que me tienes á tu disposición. (Aparte.) ¡En qué mala hora se me ocurrió quedarme en Guadalajara! (Mutis por el foro.)

ESCENA XVII

UBALDO. CATALINA

UBAL. (Con una voz cómicamente cavernosa, que no ha empleado en toda su vida.) Explícate, ya estamos solos.

CAT. Ubaldo...

UBAL. ¿Conque tuvo usted la desfachatez de reci-

bir tres besos? ¡Ah! ¿Conque si no llegan los criados, á estas horas sigue el besuqueo? ¡Y todavía querrá usted imponerse! ¡Y hace veinticinco años que se está usted divirtiendo conmigo y con la sociedad entera! ¡Ah!

CAT. Escúchame, Ubaldo...

UBAL. ¡Desgraciada! Ya supondrá usted que esto no puede seguir así. Tengo derecho á entablar contra usted demanda de divorcio; pero no lo haré. Es preciso evitar el escándalo y, al mismo tiempo, es necesario que sufra usted un castigo. Mañana abandonará usted esta moderna Babilonia, y pasará dos años en nuestra finca de Sigüenza.

CAT. Pero, hombre, déjame hablar...

UBAL. ¡Basta de farsas, señora! ¡Nunca! entérese usted bien, ¡nunca! volverá usted á mandarme que refiera la historia del cuchillo.

CAT. ¡Oh! me tratas sin piedad.

UBAL. Como usted merece. Y, en cuanto al postre, no volverá usted á tomarlo en su vida.

ESCENA XVIII

UBALDO, CATALINA, FRANCISCO. Después ROBERTO, luego LUCÍA y al final PIPORROTEA

FRAN. (Saliendo por el foro.) El señor Almanzor...

CAT. ¡No!

UBAL. ¡Sí! que pase inmediatamente, y dile á la señorita Lucía que venga.

FRAN. Está bien. (Aparte.) Qué enérgico está don Ubaldo; cualquiera lo conoce. (Vase por el foro.)

UBAL. (A Catalina.) Y usted, silencio. No olvide que es á mí *solo* á quien desea hablar. (A Roberto que sale por el foro. Francisco detrás de él y se va á la primera izquierda.) Adelante, Roberto, adelante. Mi mujer lo ha pensado mejor, y está encantada con la idea de aceptarle como sobrino. ¿Verdad, Catalina?

CAT. ¿Yo?... no... si...

UBAL. Por tanto ¡yo! le concedo la mano de nuestra sobrina.

LUCÍA (Que ha salido por la primera izquierda á tiempo de oir las últimas palabras, se adelanta gozosa á Roberto.) ¡Ah! qué felicidad, Roberto...

ROB. (Estrechando las manos á Lucía.) Hemos vencido. ¿Ves como tu tía no es tan mala como decíais?

PIP. (Saliendo por el foro.) Ubaldo, ¿no te acuerdas de que estoy aquí?

UBAL. ¡Ah! Entra, Eleuterio, entra. Ya no hay necesidad de batirse. Mi mujer me lo ha explicado todo satisfactoriamente. No era ella la del melocotón.

PIP. ¿No?

UBAL. Era su hermana pequeña, que murió hace diez años.

PIP. (Aparte.) Ya decía yo que estaba demasiado vieja.

UBAL. Puedes irte tranquilo á Madrid.

PIP. Pues que te vaya bien y hasta que el azar vuelva á reunirnos. A los pies de ustedes; caballero...

UBAL. Adiós, Piporrotea; y, cuando quieras, ven á pasar un día con nosotros. Adiós. Y tú, (A Catalina.) ahora mismo me entregas las llaves de la caja. Yo manejaré el dinero, y desde hoy, no hay más amo en esta casa que yo. Además iremos todos los días al café.

CAT. ¿Yo también?

UBAL. Tú hasta la puerta, y luego á casa.

CAT. ¡Eso es demasiado!

UBAL. Y cuando quieras que cuente algún infundio para divertir á la gente, no tienes más que indicármelo. (Adoptando el tono solemne.) «Historia del cuchillo.»

CAT. No; calla, te lo ruego.

UBAL. Está bien; me callaré; pero quita ese cuchillo del cuadro y guárdalo en el armario del comedor para completar la docena.

Después de tanto sufrir
siento el placer de mandar.
No me vayais á amargar
mi dicha con no aplaudir. (Telón.)

OBRAS DE LÓPEZ MONÍS

El maestro Catón, zarzuela en tres cuadros, música de Rubio y Estellés. Estrenada en el Teatro Zorrilla de Valladolid.

La jaula del loro, juguete cómico. Estrenado en el Teatro Lara.

El adivino, juguete cómico. Estrenado en el Teatro de Maravillas.

Concurso universal, revista en seis cuadros, música de Valverde (hijo) y Calleja. Estrenada en el Teatro de Maravillas.

El sombrero hongo, juguete cómico. Estrenado en el Teatro Lara.

La torta de Reyes, juguete cómico. Estrenado en el Teatro Lara.

Las de capirote, ópereta en un acto, música Calleja y Lleó. Estrenada en el Teatro Cómico.

La caprichosa, sainete lírico en tres cuadros, música del maestro Vives. Estrenado en el Teatro de la Zarzuela.

¡*Pobre España*!, sainete en un acto. Estrenado en el Teatro de Eslava.

El beso de San Silvestre, humorada lírica en un acto. Música del maestro Foglietti. Estrenada en el Teatro Romea.

La Caída, comedia en un acto. Estrenada en el Teatro Lara. (2.ª edición.)

La bella Colombina, juguete cómico en dos actos. Estrenado en el Teatro Lara.

El papel vale más. Colección de composiciones en verso. Prólogo de Sinesio Delgado.

OBRAS DE SÁNCHEZ GERONA

El maestro Catón.
La jaula del loro.
El adivino.
El sombrero hongo.
Las de Capirote.
Rocambole.
La venganza de una favorita.
La bella Colombina.

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el Despacho Central, Arenal, 20.

Precio: 1,50 pesetas